

AL OIDO DEL DOGMA

Summary: *This deals with a literary-philosophical fiction in which features of historical events are mixed with imaginary ones; in this manner, an attempt is made to show, vividly, the excesses of dogmatism and fanaticism, which aniquilate human dignity and produce suffering. The action takes place in the times of Spanish Inquisition and the scene is configurated according to the costumes, beliefs and ideas of the period, all within the limitations and possibilities of what is plausible.*

Resumen: *Se trata de una ficción filosófico-literaria en que se mezclan rasgos de acontecimientos históricos con hechos imaginarios; así, se pretende mostrar vívidamente los excesos del dogmatismo y del fanatismo, que aniquilan la dignidad humana y producen sufrimiento. La acción se sitúa en la época de la Inquisición Española y el escenario se configura conforme a las costumbres, creencias e ideas de tal período, dentro de las limitaciones y posibilidades de lo verosímil.*

Los afables maestros y los buenos compañeros pronto se transformaron en severos jueces y cruentos acusadores. Atrás quedaron los proyectos y trabajos comunes, y los triunfos y fracasos compartidos. En el pasado gris se hundieron las tardes en que repasaban las vidas de los santos y los mártires y revivían la epopeya milenaria que llenaba de sentido sus existencias. Su fe cubriría la Tierra, que habría de brillar en los cielos como un mundo nuevo, libre, justo, verdadero. Entonces, el ancho muro de su apartamiento en la comunión de sentimientos, creencias e intereses forjaba sus almas y sus cuerpos, templándolos en la lucha contra el hereje y el infiel. Del polvo de sus libros, de la

ascesis de sus costumbres, de la disciplina militar, surgirían endurecidos y formidables. El rigor de su Orden llegó a soldarse a sus propios huesos y alcanzaron el ideal de la convicción transmutada en automatismo. Día vendría en que los engañosos argumentos de sus adversarios se despedazarían contra el acero de su doctrina y ya no haría falta el hierro de sus lanzas. Nuestra verdad —decían— encarnará en nuestro mundo, y la fuerza de nuestros músculos se empleará en la construcción de hermosas obras y habremos aprendido a juntar a las palabras los profundos descubrimientos de nuestra ciencia. ¡Pero mientras sea necesario, ya por la torpeza de nuestra lengua, ya por la obstinación de nuestros enemigos, obraremos en defensa de nuestra fe con puño firme y preciso, salvándolos de sí mismos para su mayor y único bien!

Por esto él se preparaba con ahínco y se situaba entre los más aplicados y tesoneros iniciados. Leía en el gesto aprobador de sus maestros y en el trato ambiguo de sus condiscípulos, la mezcla de una admiración y un cariño amalgamados por el carisma. Signos premonitorios le auguraban un especialísimo destino: la facilidad con que se cumplían sus planes, la penetración de su aprendizaje de la naturaleza humana, su comprensión exacta de las debilidades lógicas de la filosofía pagana: todo ello se añadía a su capacidad prodigiosa de desentrañar, en algunas aparentemente doctas interpretaciones de la doctrina, el sofisma adversario, la desviación maligna, la perversa disidencia, la monstruosa herejía. Además, agregaba a sus dones la suprema virtud: una absoluta obediencia a los mandatos de la Orden y una fe purísima en el dogma oficial. Tan honda era su convicción, tan segura y firme su ciencia, que sentía su pecho colmado de beatitud y

de éxtasis, hasta el punto de que en ocasiones sentía temblar su ser como si pulsara en él la fibra más potente y fundamental del Universo. ¡Y lo más admirable: tal vez era el único en percibir, bajo la hierática máscara del Máximo Guardián de su fe, la terrible, la inconmensurable fuerza de la divinidad!

¿Quién hubiese sido tan osado de siquiera soñar, en aquellos dorados días, que un militante de su calibre habría de arrastrarse alguna vez por los suelos de mazmorras destinadas a los peores criminales, acusado de herética perversidad y, en consecuencia, de atentar contra la paz y la seguridad del Estado, que se asientan en la conservación de la pureza doctrinaria? ¿Que su cuerpo y su alma se encontrarían encerrados entre espesas paredes, atezados en el potro, reducidos a la sombra más densa, sumidos razonamiento e imaginación en gran desconcierto y hundido el ánimo en odio y en zozobra? Nadie que lo hubiese vaticinado habría escapado de llamarse charlatán y demente. Sin embargo, la realidad fue más sorprendente y funesta que ese sueño imposible. Y a través del sufrimiento de siete largos años de rodar cuesta abajo sujeto a "cárcel molesta", después de tantas humillaciones, invectivas, sermones, denuestos, conminaciones, después, incluso, de un tratamiento médico obligatorio lleno de sortilegios y brebajes y oraciones, su rebeldía cristalizó diamantinamente hasta volverse translúcida, mientras continuaba sosteniendo que suya era la verdad y más apropiada a la doctrina original, en interminables disputas con los mejores inquisidores, calificadores y consultores del Santo Oficio.

Una tarde cualquiera comenzó a ordenar sus recuerdos y a buscar el origen de los vertiginosos acontecimientos. Llegó a preguntarse si acaso no se encontraba realmente poseído por una fuerza maligna que hubo vencido en él y conseguido arrastrarle hasta las filas enemigas. Temió que su espíritu hubiese enfermado gravemente y que la dolencia le hubiese conducido por sendas abominables. O, peor aún, que ninguna fuerza extraña hubiese ejercido el menor influjo sobre sus pensamientos, sentimientos y acciones y todo hubiese procedido de su libre albedrío, y lo que para ellos eran asechanzas demoníacas no eran sino otras posibilidades entre las que racional y legítimamente le correspondía elegir. ¿Pero quién en su sano juicio habría renunciado a las estrellas acuciado por un acontecimiento tan insignificante como aquel que seguramente desencadenó la tragedia de su despe-

ñadero? ¿Quién, adornado de tantas galas, dotado de tales virtudes, ejercitado en tan famosa escuela, respaldado por una tradición milenaria y por el poder seglar de los mejores ejércitos del mundo, y a quien muchos creían señalado por la providencia como el sucesor natural de los más altos jefes —acaso hasta del propio Máximo Pontífice en un día glorioso—, quién menos que él habría de precipitarse tan atrocemente, fulminado por las temblorosas palabras del peor de los hombres, del consumado "hereje de los herejes"? Este, cortado el cabello al rape y afeitada la cara completamente, a pesar de los trabajos, del tormento, de las disputas, de los juicios y del poder absoluto que se ejercieron sobre él, tuvo la osadía, con el resto inesperado de sus exangües fuerzas, de enfrentarse al más temible de los tribunales, a la flor y nata del Santo Oficio y musitar aquellas inauditas palabras...

El recuerdo era vivo: fue como si la energía de cien tempestades brotara repentinamente de aquella trémula y reseca garganta y pareció que un manto de hielo hubiese paralizado todos los espíritus, impidiéndoles respirar; cundió el estupor entre los doctos y venerables jueces y generales allí reunidos y sus carnes verdecientes revelaron un temblor furioso y vencido. Trepidaron los tablados en que se realizaba el auto de fe, se estremeció el trono del Inquisidor General y se agitó violentamente el velo negro que cubría la cruz. Los rostros adquirieron el color de la ceniza y los corifeos de la vida se transfiguraron en la ronda de la muerte. Todo sucedió en unos segundos, pero en ellos se contuvo una larga historia de lágrimas y sufrimientos. Y después del hielo momentáneo y abisal, el calor de la situación volcó sobre el prisionero un odio más profundo e inconciliable. Pero como si un ángel de certeras alas hubiese herido con una ardiente espada el ánimo de los presentes, dejando los espíritus abiertos y desguarnecidos, un terror profundo y oscuro asomó por entre las grietas de las almas.

En esta ocasión el sobrecogedor exorcismo salió como un rugido de labios del Inquisidor General, se rezaron más rápidamente las oraciones y el canto del *Miserere* se revistió de una tristeza profundísima, que no pudieron disipar las notas subsiguientes del sublime *Veni Creator Spiritus* y ni la súbita develación de la cruz verde pudo tampoco suscitar el recuerdo de la Redención y la Esperanza. Pero después del acontecimiento y terminado el auto de fe, todo fue donaire y sensación de alta justicia. ¡Cómo se alabó la gravedad, el además, la

medida del juez supremo pronunciando el sermón de la condena! Más que la expresión de una sentencia de herejía pareció un ejemplo de misericordia. Y después de relajado el hereje al brazo seglar, ¡a la taberna, al vino que silencia cualquier asomo de contrición, cualquier señal de debilidad y, en cambio, tonifica el espíritu y en dosis apropiadas lo restaura después del trabajo y la tensión de estas agotadoras pero necesarias jornadas! ¡A la salud de nuestra sagrada Orden! ¡Por este dulce y luminoso vino! ¡Otras jarras, otros vasos!

Desde un ángulo de la angosta calle, apretado contra el muro y conteniendo el aliento, vio cuando arrastraban al "hereje de los herejes", quien vestía el llameante sambenito amarillo de los condenados al fuego y una sólida mordaza. Parecía como si todo anduviese muy lentamente. La espléndida madrugada perdió su magia y regresó la noche. Largo, largo tiempo después vio alzarse a lo lejos, en medio de la plaza, las inexorables llamas de la hoguera, mientras un movimiento ondulatorio doblegaba a la multitud. Se alejó de allí con una sensación ígnea clavada en las entrañas: una grave inquietud que se convertía en un raro sentimiento de miedo... ¿a qué?

¿Temor, acaso, al rostro macerado del hereje? ¿A la flaqueza del hombre, que no puede marchar por los caminos rectos ni siquiera bajo la amenaza del suplicio? ¿A las argumentaciones mil veces rebatidas de los adversarios? ¿A los misterios insondables, que no obstante eran la razón de los libros sagrados que contienen los fundamentos de la doctrina? ¿Temor al poder del enemigo infiel, si, por el contrario, esa fuerza mueve al ejercicio, a la superación, a la pujanza y es una constante invitación a la guerra santa y al heroísmo? ¿O, tal vez, a las calamidades naturales, al huracán, al cataclismo, a la peste, a la enfermedad, a la muerte, no tanto por ellas mismas, sino por la sombra de horror que arrojan sobre el rostro de la creación? ¿Pero cómo había de temerse lo natural y necesario, cuando todo —como han explicado sabios eminentes— ha sido dispuesto de la mejor manera por la providencia y pedir algo mejor es insensato e impío? Además, acostumbrado a lidiar con todos los rigores, entrenado en el más duro ascetismo, esas cosas que podrían asustar a un alma débil no alcanzaban a estremecer sus creencias, pues si el cuerpo endeble puede ceder y caer, el espíritu inmortal se mantiene erguido y triunfante del dolor, el temor y la pasión. Aliado de la única fe cierta, tenía la razón de su lado y por añadidura la fuerza

de los ejércitos seglares bajo la protección del verdadero Dios.

¡Pero ese hombre! ... ¡Esos hombres terribles que se acercan sin casco y sin coraza, vestidos similarmente a los sencillos hombres de fe, llevando bajo el brazo los mismos libros, que por quién sabe qué conjuro no les quemán la piel, que hablan la lengua de los justos, se alimentan de su ciencia y hasta comparten el privilegio del bautismo, esos hombres, que tan bien nos conocen, ¿por qué, por qué se alzan contra nosotros, por qué nos interpelean y nos contestan, por qué se afanan en socavar fundamentos hundidos en el propio núcleo de la creación? Como palomillas inconscientes, se arrojan sobre el incendio de nuestro espíritu. ¿Cómo el polvo minúsculo de sus mínimas alas logra oscurecer la pureza de nuestra llama? Porque esas mazmorras horribles, esas bárbaras máquinas, esos dolorosos procesos, esa conmoción mundial que se produce, mancha la imagen de nuestra obra. Toda la furia y la pasión que se desatan conturban nuestra paz y la misma seguridad del Estado. No, ni siquiera la guerra entre hermanos consanguíneos es más cruel, funesta y amarga, porque éstos lo son por la carne y el azar, y nuestra hermandad lo es por nuestro espíritu y nuestra fe. Aun al enemigo a veces se le admira y respeta, y reducido a la derrota, se le trata con la humanidad que exigen nuestras leyes morales. Pero estos que no han alzado el hierro contra nosotros, que ni siquiera han cerrado su puño, ¿por qué nos perturban hasta hacernos rabiar y no podemos mirarlos sino con ojos inyectados, ni hablarles sin sonidos abruptos, ni dejar de crisparnos ante ellos? Basta con que comiencen a proferir las irritantes palabras de su disidencia para que nuestro sosiego se derrumbe.

¿Pues qué más tienen que agregar aquí donde todo ha sido dicho, fundamentado y probado de mil maneras, aquí donde nuestra verdad admite el engrandecimiento, pero no la disminución? Mortales como somos, alcanzamos siempre sólo una partícula de la gran Verdad, pero esta fracción por la gracia divina crece y se solidifica sin cesar. Nuestra ciencia no permite otra modificación que el ensanchamiento; por tanto, todo lo que la ponga en entredicho intenta disminuirla y busca su destrucción. No hay, por esto, lugar para interpretaciones supuestamente "más libres"; por el contrario, nuestra libertad se funda en las inspiradas exégesis aceptadas por nuestros doctores oficiales como únicas y certísimas desde remotos tiempos. ¡Nuestro poder en el dogma reside y éste no se

discute sino que se acepta enteramente! Porque no se le discute es que se le memoriza, se le encarna y se le sirve. No hay tiempo, lugar, ocasión ni necesidad de diálogo. La crítica que no se endereza contra el adversario se vuelve contra nosotros, nos debilita y entorpece nuestra actividad. La acción no necesita de palabras ni discusiones: nuestro destino se ha trazado, nuestro proyecto es invencible. Por eso la historia nos pertenece y nos obedece: el éxito y la eficacia atestiguan nuestra razón. La doctrina guía nuestros pasos, el dogma es nuestra estrella polar, la obediencia es nuestra más fuerte armadura y la disciplina nuestra mejor estrategia. No puede haber nada nuevo bajo el sol, y lo que intenta sobrevenir como novedad, si no encaja perfectamente en el sistema de nuestras acciones y conceptos, sólo es el antiguo mal que ensaya nuevas asechanzas. Tal resonaban ahora en sus oídos las palabras conminatorias de los severos inquisidores.

¡Porque tus opiniones heréticas, tus cuatrocientas falsas proposiciones, no pretenden ser una mera ficción matemática destinada a perfeccionar los cálculos, sino la descripción verdadera de lo real; ¡Podemos entonces alzarnos de hombros sólo porque en tan evidente contraste con nuestra ciencia tus creencias muestran el producto de una mente trastornada? ¡No sacarás a la Tierra del sólido centro del Universo ni mellarás la perfección de los Cielos con tus extravagantes suposiciones, y menos aún disminuirá la majestad del Sol tu absurda fantasía de un Universo infinito de infinitos mundos! Pero sí pueden tus herejías inducir en las almas de los creyentes el germen de la duda y el vicio de la interrogación, que no sólo constituyen el camino al Infierno, sino que además son el principio de la disidencia y del cisma. En el colmo de la impiedad, más tarde se encontrará muy lógica y acertada tu locura de concebir un principio de movimiento en la materia de ese cosmos inestable, llenarla de la esencia de la vida, equipararla con la forma y aun llevar la exaltación del mundo y de la carne hasta la identificación de la naturaleza con el mismo Dios. A esto se reduce la dignidad fementida de tu moderna *philosophia naturalis!* ¿Qué es ese tan sonado amor de la vida, esa pasión dionisíaca por la naturaleza, esa reducción velada del Creador a la creación, sino la misma tentación paradisiaca llevada al sumo punto de la soberbia: la pretensión de alcanzar el fruto del Arbol de la Vida? Ese olvido de la muerte, ese llamarnos al estilo de los antiguos paganos "los que visten de negro", ese acusarnos

nuevamente de entregar a los bárbaros los templos de Atenas, esconden el fatal designio de negar a nuestro Dios negándonos a nosotros, despojándonos de nuestro derecho a Su representación y al usufructo de nuestro imperio espiritual y temporal. ¡Quieres destruirnos y prevalecer sobre la razón, la justicia, el bien y la verdad! Pero, sobre todo, quieres sembrar en nuestro espíritu la cizaña, la demoníaca idea de la posibilidad de que vivamos en tinieblas de engaño e ignorancia. Esto es lo intolérable, la ruina de nuestros proyectos, el desmoronamiento de nuestra obra, la agonía del sentido de nuestra existencia, el hundimiento de nuestro poder, la abjuración de nuestras esperanzas, la caída en la nada de nuestro espíritu inmortal. ¡No, no podemos ni debemos sentir miedo, porque en el corazón del miedo yace la horrorosa presencia de la duda, la interrogación y la negación! Así como el asombro y la admiración iniciaron el derrumbamiento del mundo mítico y la consunción del antiguo panteón, la duda, conducida al centro del dogma, significa el comienzo de la extinción de la fe. ¡No debemos temer ni titubear ni negar ni interrogar, sino sostenernos valientes, decididos, certeros y obedientes! Sólo así podremos continuar ordenando con absoluta firmeza, administrando justicia imperturbablemente y consolidando la potencia, el alcance y la perennidad de la verdadera fe. ¡Tú, miserable, tú, maldito, tú, insensato, tú eres la encarnación del miedo, tú, que nos haces temblar en tu postración, tú, víctima de nuestras mazmorras y suplicios, eres nuestro verdugo, nuestro juez, tú que nos has condenado, no mueres tú en la hoguera, sino nuestra fe, nuestra ciencia, nuestro espíritu y hasta nuestro Dios en ella se derrite como el oro fundido! ...

¿Cómo te atreves a enunciar otra verdad? ¡Nosotros *somos* la verdad y si tu enuncias otra, nos quitas el ser! Encarnas nuestro miedo y esa es tu verdad, y no esos cielos que dices infinitos, ni esa naturaleza que estimas viviente, ni ese tu Dios que identificas con el mundo. Entonces, no te condenamos por esto, sino por aquello: no por tus creencias, sino por *ser* tú, porque has decidido otra verdad y nos has conducido al temor del temor; porque quieres insertar en nuestra alma la inmensa mole de la gestación de otra idea, de otra posibilidad lógica, y esto en moneda contante y sonante significa la ruina de nuestro poder absoluto.

La ilusión y el error se alimentan de la materia del pensamiento y se desarrollan a veces con más fuerza que la verdad y el conocimiento. Y los hom-

bres se internan gustosos en la exuberancia del bosque fantástico que los pierde, mientras que en las áridas regiones en que trabajosamente se retuerce el Arbol de la Ciencia sobreviven unos pocos aventureros que se arriesgan a una vida sobria y esforzada. Formidable misterio el de dos almas que habitan en un solo pecho, una que ama la dureza de la realidad y la verdad, de los trabajos y la disciplina, y otra que se desliza gozosa entre nubes de ilusión, delirios y trastocamiento de lo que es deseable. Esta confunde lo que es claro, ama lo que se debe odiar, huye de lo que hay que perseguir y pasa desapercibido lo que es necesario ver y escuchar atentamente; la otra pugna en el áspero sendero que fortalece al caminante, piensa que la ascensión es el remedio de la fatiga, que muerte es lo que parece vida y vanidad lo que se tiene por plenitud y, finalmente, amarga desgracia esa felicidad que busca el escondrijo para explayarse. Misterio formidable que nos escinde en partes antagónicas en lo más hondo de nuestro ser, y de donde brotan las opuestas direcciones que aun al Universo dividen en facciones contrarias; allí reside el principio de la guerra eterna que nos coloca en bandos opuestos, mientras tú continúes juzgando que nuestro santo modo de vivir es el reverso del bien y que nuestras asperezas, ascenciones y desiertos esconden una vida disoluta, muelle y mentirosa.

Tu noble corazón, hasta entonces incommoviblemente pleno y monolítico, mantuvo reprimida tu segunda alma gracias a la ayuda de nuestros ejercicios y de nuestra fe, de nuestra sabiduría y de nuestros cuidados, y mientras no surgió el argumento intruso, el segundo excluido, es decir, la inestable peripecia de la soberbia disfrazada de libertad de conciencia, estuviste en buenas paces contigo y seguro a nuestro lado, labrando un porvenir *ad majorem Dei gloriam atque Imperii*. Pero llegó un día funesto en que preferiste la ilusión de libertad a la verdad, en que llamaste "ilusión de verdad" a nuestra doctrina y "albedrío encadenado" a nuestra decisión de santidad. Renegaste de nosotros, los guardianes de la ortodoxia y del poder espiritual del Estado, y nos acusaste de temer a la libertad y de perseguirla en nuestro corazón y nuestro espíritu, y de ser incapaces de soportar otros sentimientos, de concebir otros pensamientos, de querer otros anhelos, de elaborar otros proyectos, de crear otros métodos, reacios a descubrir otros mundos, realizar otras acciones y edificar otros valores. ¿Habríamos nosotros de cometer el sacrilegio de abandonar a nuestros sabios fundado-

res y amontonar sus libros en las urnas de los museos? ¿Habríamos de matar el pasado para entregarnos al frenesí del presente y a la utopía del porvenir? ¿Qué haríamos sin la compañía de nuestros grandes muertos y que sería de su bienaventurada memoria? Además, la muchedumbre necesita saciarse del pasto de los cementerios, alimentarse de lo que subyace, calmarse mediante la fascinación del mito y del recurso al talismán. Acabamos de abandonar la caverna y todavía nos enneguecen los reflejos de la luz en la superficie de las aguas. Si pones en aprietos y entredicho a la augusta élite, ¿qué será de nuestros rebaños, buscas acaso la destrucción universal, el fin de la humanidad? Tus crisis de libertad, esa gana de actuar con la mente puesta en lo que no es y no puede ser, ese tomar del pasado lo que llamas "el nervio aún palpitante", sólo puede traernos ansias de novedad, descontento, cisma y rebelión. Por esto, apoyados en nuestras leyes, interesados en la defensa de la verdadera fe, sabiéndonos respaldados por la justicia divina, hallándote culpable de herejía contumaz y reacio impenitente a la abjuración, te entregamos al brazo seglar que te ha de conducir de seguro adonde corresponde a tu existencia pecadora. Pero... ¿qué dices? ... ¿qué musitas? ... ¡Si abjuras de tus proposiciones heréticas, nuestra misericordia puede aún ser muy grande! Acércate, oh nuestro antiguo y un día amado y sabio condiscípulo y hermano y ábrenos sin temor tu corazón. ¡Ansiamos escuchar la voz de un alma que en un suspiro se salva de sí misma! ... ¡Habla, que apremia el tiempo! ... ¡Silencio, que va a hablar! ... ¿Qué dices? ... ¿Qué has dicho?

— ¡Digo que tenéis miedo vosotros!

Movimiento, espacio y tiempo se petrificaron hasta que el Inquisidor General gritó iracundo: "¡Lléváoslo!". Pero antes de que la guardia civil sujetara al condenado y lo alejara para siempre, murmuró el Inquisidor General al oído del hereje: "Yo no temo a nada ni a nadie en este mundo; y si alguna vez hubiere de sufrir miedo, temería únicamente de mí mismo". A lo cual respondió el hereje en voz aún más baja: "Entonces ése te destruirá". A su vez, el Inquisidor General preguntó irónicamente: "Y tú, que con tanta seguridad hablas, ¿acaso no temes por tu cuenta? ¿Por lo menos no sientes temor de Dios?". Y contestó el hereje: "Si por temor de Dios entendieras lo que yo entiendo, respondería entonces que conmueve a mi espíritu la certidumbre de que habrá de engendrarse necesariamente el horror de un novedoso y más poten-

te dogmatismo, hasta creo ver en un futuro cercano el rostro del nuevo Inquisidor General". "Verás, entonces, mi cara nuevamente —dijo el Inquisidor— porque sabremos cambiar precisa y ade-

cuadamente, según las circunstancias". "No respondió el hereje—, no veo tu rostro, sino el mío". Y se miraron a los ojos intensa y profundamente, hasta que los separaron las espadas.